

CUENTO N° 304

TÍTULO: EL CABALLERO DEL TREN

SEUDÓNIMO: LUMECO

EL CABALLERO DEL TREN

LUMECO

La noche anterior, junto a mi esposa habíamos quedado despiertos hasta pasada la medianoche, entretenidos por un interesante documental que exhibían en un canal de cable, que cada segundo nos alimentaba la expectativa de continuar con los ojos bien abiertos, incluso casi sin pestañear, lo que nos hacía extrañar las interminables tandas comerciales de los canales convencionales. Después de ver la película, nos pusimos a conversar sobre el tema tratado y de las actuaciones naturales de los anónimos artistas. Con la "Chica", como se le dice cariñosamente a la "patrona" (claro, por su estatura), discrepábamos acerca de la creación de la humanidad, porque según ella hubo una intervención divina.

Por mi parte considero que los hombres y mujeres descienden de cierta variedad de primates que, en alguna era de clima propicio en el globo terráqueo, evolucionaron hasta alcanzar la fisonomía estilizada que se luce en la actualidad, - por cierto, algunos menos que otros.

La necesidad por satisfacer sus necesidades básicas de alimentación y la lucha por la sobrevivencia terrena los hizo gestar nuevas posturas y aptitudes, facilitando con ello el desarrollo de la inteligencia y la conciencia racional. El miedo a lo desconocido y a lo imposible de cambiar o detener les creó un respeto a lo sobrenatural, llevándolos a crear espíritus a las cosas que su ignorancia primigenia no encontraba explicación, de esa forma fueron aumentando sus dioses y demonios.

La madrugada se hizo corta para sacar el sueño, que además fue invadido por pesadillas que me hicieron dar un sobresalto en la cama, acompañado de feroz grito, que atemorizó a mi esposa, como a mis hijos aún pequeños que dormían en la habitación contigua.

Al ver el fosforescente reloj despertador, reparé que era las 5 de la madrugada, por lo que preferí quedar despierto para tomar una ducha y alistarme para salir temprano a hacer los trámites que nos apuraban para instalar un micro emprendimiento de un local naturista. En ese entonces, los medicamentos homeopáticos y naturales pasaban por un boom en la demanda, de ahí que decidimos invertir nuestros ahorros en un rubro rentable. El año anterior hube trabajado en la comercialización de productos provenientes de las abejas, como la jalea real, el polen y el propóleo, lo que me dotó de alguna experiencia para innovar en el mercado quillotano.

A las 7:10 de la mañana me encontraba esperando el tren en la estación Corvi de Quillota. Hora que se juntaba la gente que utilizaba ese medio de transporte para dirigirse a sus centros de trabajo en Viña del Mar y Valparaíso, a través de la conexión en Limache.

Realicé una breve oteada a mis eventuales compañeros de ruta, tal vez sugestionado por el documental de la víspera actué inconscientemente. Por hábito soy usualmente una persona distraída, rara vez reparo en quienes se encuentran a mi rededor en lugares los lugares públicos. Sin embargo, ese día fue especial. Observé rostros angulosos, regordetes, blancos, lozanos. Ninguno sobresalía del común denominador, salvo una joven harta bella y de rostro angelical, cuyos ojitos azules desviaban cualquier mirada hacia sus desproporcionadas orejas, grandes para su pequeña cabeza donde reposaba una corta y muy dorada cabellera. Su moldeado cuerpo no pasaba desapercibido ni siquiera para el muchacho miope medio curco parado en el extremo izquierdo de la estación ferrocarrilera.

No cabe duda que en el diario vivir hay situaciones y seres bastante originales que lindan con lo insólito, en quienes generalmente no reparamos, talvez por el vértigo que envuelve y contamina las grandes urbes. Pero en pequeñas comunas provincianas el tiempo nos concede algunos lujos, solo hay que tener ojos de lince.

A los ojos no siempre le damos el uso que debiesen tener. Estos órganos son la obra de arte más espectacular del cuerpo humano, “todo entra por ahí” - decían sabiamente nuestros abuelos. Quienes le sacaron provecho al don de ver y observar lo que sucede en la naturaleza y la sociedad, lograron imprimir sus nombres en las páginas doradas de la historia.

Así llegué a toparme con él. No niego que tenía expectativa por encontrarme con alguien de esas características, a pesar de no ser científico ni investigador. Quizá por mera curiosidad, quizá por robustecer mi teoría evolucionista sobre la creación del ser humano. A ciencia cierta no lo sé, pero esa curiosidad estuvo y está latente en mi trayectoria de vida.

Cuando abordé la locomotora, él se encontraba acomodado en un asiento. Supuse que venía de La Calera. Como ignoraba su nombre lo denominé “El caballero del tren”. Al verlo experimenté una extraña inquietud. Me daba la impresión que él se sentía propietario de dicho espacio. Por la postura de sus extremidades inferiores deduje que su estatura era quijotesca. Su terno, con un diseño similar a un tablero de ajedrez, hacía contraste con su duro rostro, al mismo que si le saliera una arruga más se graduaría de pasa.

Por su estado común reflejaba ser un laborioso empleado estatal, oficinista o tramitador. Llevaba el ceño algo recio, como preparado para dar un mitrazo a la vida, antes que ésta le cobre un puntapié al saldo de su existencia y en el fundillo de su dignidad.

En él se apreciaba las huellas de la rutina y el aburrimiento plasmadas en su cara, como si lo hubiese afectado una inesperada viudez o una sorprendente nulidad matrimonial.

No niego que me entretenía mirarlo, de forma camuflada, cuando hacía

movimientos batraciales con sus flácidas mejillas, en tosca armonía con el abrir y cerrar de sus fosas nasales al respirar, que parecía restarle oxígeno a la pasajera que viajaba a su lado. Su continuo mete y saca lingual evidenciaba anfibias costumbres.

Mientras más lo apreciaba, consideraba nada descabellada la teoría del científico que sostenía que el hombre desciende de la rana. De ser así, “El caballero del tren” sería el eslabón perfecto en la misteriosa cadena de la evolución humana.

Tengo la certeza que a Charles Darwin le hubiese fascinado conocerlo en sus apasionantes viajes por tierras sureñas. De seguro que “la madre de mis hijos”, así me refiero actualmente a “la Chica” tras nuestro divorcio, se hubiera quedado asombrada de haberlo visto, tal vez hasta dudaría de sus creencias, pero ese es otro cuento porque llevamos casi dos décadas separados.

Al “Caballero del tren” no lo volví a ver subir y bajar del tren a saltos, ni pude saludarlo con un respetuoso “Croac, croac”. Pienso en la actualidad que tal vez no haya sobrevivido a la atroz pandemia respiratoria que asoló el mundo. Puede ser que su mísera jubilación lo condenó a un irreparable estado depresivo que lo postró en los pantanos de la discriminación y el desamparo senescense. Mis hijos, hoy adultos, rememoran las noches que antes de acostarse les narraba la historia del “Caballero del tren”, y se largan a carcajadas como antaño en su infancia, cuando se entretenían con este cuento.

////////////////////////////////////